

—Tambien tengo yo muchos deseos de abrazarle.

—Igualmente he recibido carta de mi padre y de mis hermanos. Sé que todos están buenos; Manuel se ha casado con Carolina, y... ya véis, aquí Isabelita con su aplicacion,—y dió un apasionado beso á la niña,—Enrique con su pundonoroso modo de pensar, y todos disfrutando de la mejor salud..... ¡Oh! se acabaron para siempre mis pesares. Mi alegría es inmensa, Tomás... ¡hacia tanto tiempo que no disfrutaba un momento de placer! La suerte ha cambiado, amigo mio, y espero que cuando llegue mi Luis no hallará en esta casa mas que júbilo y felicidad.

Sonó en este instante una confusa gritería en la escalera.

Abrióse de repente la puerta de la sala de par en par, como impulsada bruscamente, y en medio de una muchedumbre azorada apareció una camilla en la cual yacia un jóven cadavérico, cubierto de sangre que brotaba de una herida junto al corazon.

—¡Mi hijo muerto!—gritó la marquesa, y cayó en el suelo sin sentidos.

Enrique habia sido gravemente herido en desafío por don Julian de Linares.

Mas adelante sabrá el lector la causa de este funesto lance.



## CAPITULO VIII.

### EL MURCIÉLAGO Y LOS POLACOS.

No sabemos con qué objeto se ha dado el simpático nombre de *polacos* á los gobernantes de estos últimos años, que con mayor desfachatez han conculcado las leyes cometiendo todo linage de crímenes, esclavizando al trono y esquilmando al pueblo para amontonar el oro en sus fastuosos palacios, centros de prostitucion, de hurto, de escándalos, de repugnante inmoralidad.

Y no solo se aplica el nombre de *polacos* á los que tan villanamente desgarraron el seno de la madre patria, sino á sus viles paniaguados, á sus torpes aduladores, y á cuantos militaban bajo la afrentosa bandera de unos aventureros que la indignacion y vindicta pública lanzaron de las doradas poltronas para hacerles sentar en el banquillo de los acusados.

Hemos oido en algun periódico la definicion de la palabra *polaco* aplicada á todo sectario de la situacion derribada en julio

de 1854, y lejos de satisfacernos, la hemos encontrado inadmisibile.

En el *Constitucional* de Barcelona del 21 de mayo de 1855, leimos lo siguiente:

«Varias derivaciones se han atribuido á la palabra con que son designados los partidarios de la última administracion moderada.

Entre esas derivaciones hemos aceptado la que mejor les cuadra. Entre los vagabundos que formaban la *Córte de los milagros* de París, se distinguia una seccion escogida compuesta de los rateros mas hábiles y mas audaces.

Esa seccion fué bautizada con el nombre de *Polonia*, y los individuos que la componian con el nombre de *polacos*.

La horca y la rueda fué disminuyendo aquella pillería; al fin desapareció, y con ella la *Córte de los milagros*.

Los *polacos* de Sartorius, como no han purgado en la horca ni en la rueda sus crímenes, porque hoy no se usa la rueda ni la horca sino el garrote en el cual se estrangula solo á los criminales de baja esfera, siguen sin novedad en París, formando al rededor de la duquesa de Riánsares una nueva córte de los milagros que nada tiene que envidiar á la descrita por Victor Hugo en su inmortal *Nuestra Señora*.»

Si se queria aplicar á tan desnaturalizada pandilla un apodo que espresase sus salvages instintos, creemos que el de *beduinos*, *genizaros* ó *cáfres*, les hubiera cuadrado á las mil maravillas; pero el de las víctimas de la usurpacion y tiranía, el de los valientes hijos de Varsovia que tantos títulos tienen adquiridos á las simpatías de todo corazon liberal, es demasiado glorioso para calificar á hombres que llevan en su frente el sello de la execracion universal.

Sea lo que fuere, *polacos* se les llama, y nos es imposible darles otro nombre si queremos que sean nuestras alusiones comprendidas.

Desde que en 14 de abril de 1853 fueron cerradas las Cortes porque se resistian á las exigencias del gabinete Alcoy-Llorente, entró á reemplazarle el que formó y presidió el general Lersundi.

Dió comienzo á sus tareas blasonando, como sus antecesores, de liberal y tolerante, y por medio de los inmensos recursos de que puede un ministerio sin delicadeza disponer, echó lazos parciales á los individuos de la oposicion para conquistarse prosélitos y disminuir los soldados de las falanges enemigas; y cuando mas envalentonado se sentia, cuando contando con el apoyo del PALACIO DE LOS CRÍMENES, á cuyos insaciables señores habia prestado grandes beneficios en lo poco que llevaba de existencia, cuando creia que no habia poder humano capaz de hacerle saltar del mullido cogen ministerial, acontecióle lo que con tanta gracia nos cuenta Fr. Diego Gonzalez que aconteció á la bella Mirta:

Estaba Mirta bella  
cierta noche formando en su aposento  
con gracioso talento  
una tierna cancion, y porque en ella  
satisfacer á Delio meditaba,  
que de su fé dudaba,  
con vehemente espresion le encarecia  
el fuego que en su casto pecho ardia.

Y estando divertida,  
un murciélago fiero ¡suerte insana!  
entró por la ventana.

Mirta despavorida,  
temió, gimió, dió voces, vino gente;  
y al querer diligente  
ocultar la cancion, los versos bellos  
de borrones llenó por recogellos!

Veamos ahora lo que aconteció al señor ministro.

Estaba el buen Lersundi cierta noche formando en su poltrona con mil gestos de mona una especie de inmenso mapa-mundi, plan de un ferro-carril que meditaba para limpiar la baba de una señora que exhalaba quejas desde el club de la calle de las Rejas.

Y estando divertido, un murciélago fiero ¡suerte insana! entró por la ventana. El ministro aturdido, temió, gimió, dió voces, vino gente; y al querer diligente salvar del gran peligro la persona, tropezó y se cayó de la poltrona.

Si, lectores de mi alma; Lersundi creía que no había poder humano que le derribase, y un miserable murciélago le hizo rodar por tierra.

Como estaba prohibido á la prensa periódica decir la verdad, y había muchos interesados en que llegára á oídos de la reina, aparecía todas las noches en el mismo despacho del señor Lersundi, en el palacio de Cristina y en el tocador de la reina un fatídico *Murciélago* que parece seguía aquella sabida máxima de Quevedo:

Pues amarga la verdad,  
quiero echarla de la boca,  
y si al alma su hiel toca,  
esconderla es necesidad.

Además del periódico clandestino titulado el *Murciélago*, que por arte de brujería, al parecer, penetraba por todos los sitios donde mayor vigilancia se ejercía, y las amargas verdades que destellaba, eran leídas por cuantos no están acostumbrados á oirlas y

mucho menos á tolerarlas, además, repetimos, de este diabólico bicho, comenzaban á circular por las altas regiones multitud de versos y caricaturas que llenaron de justa indignación á la reina.

Mostró un día S. M. indignada estos papeles al general Lersundi, preguntándole que cómo no se evitaba que tales caricaturas y libelos circularan.

La reprimenda fué tan severa como merecida, y no sabiendo qué alegar en su defensa, presentó el gabinete su dimisión, y le fué admitida el 19 de setiembre.

Dicen que el ex-ministerio, al bajar la escalera del real palacio, echaba sobre el *Murciélago* alevoso todas las maldiciones del desventurado Delio, inclusa la invocación á los muchachos, y como si hablasen con el mismo *Murciélago*, esclamaban en coro sus escelencias:

Vengan, vengan polacos bien armados  
de piedras, de navajas, de agujones,  
de clavos, de punzones,  
de palos por los cabos afilados,  
de chuzos, y á pesar de tus chillidos  
te embistan atrevidos,  
y te quiten la vida con presteza  
consumando en el modo su fiereza.

Te puncen y te sajen,  
te tundan, te golpeen, te martillen,  
te piquen, te acribillen,  
te dividan, te corten y te rajen,  
te desmiembren, te partan, te degüellen,  
te hiendan, te desuellen,  
te estrujen, te aporreen, te magullen,  
te deshagan, confundan y aturrullen,  
ya que con las verdades que pregonas  
nos hiciste saltar de las poltronas.

Aunque las hojas clandestinas que con general asombro inva-

dian hasta la misma cámara de la reina, no tomaron el título de *El Murciélagu* hasta el 26 del siguiente abril, es opinion general que eran destellos de la misma pluma.

Algunos opinan, sin embargo, que de los versos escandalosos que ocasionaron la caída de Lersundi, solo San Luis, que los tomó por ariete para derribar al ministerio, conoce á su autor.

De todos modos cada hoja de aquellas era una aparicion nocturna, tan parecida á las que no tardaron en tomar el título en cuestion, que bien merecia el nombre de **MURCIÉLACO ALEVOSO**, la que hizo saltar de su poltrona á Lersundi.

Mas adelante daremos algunas muestras del célebre *Murciélagu*.

Algunos no conceden el comienzo del reinado de la *polaqueria* hasta el último advenimiento de Sartorius; nosotros presentamos á Lersundi y comparsa como las guerrillas *polacas* que precedieron al célebre gabinete, del cual nos vamos á ocupar en el inmediato capítulo.



Sin embargo de los precedentes asertos, y de la convicción con que su autor los escribe, confesamos que los primeros actos del nuevo gabinete nos hacian esperar otra marcha de la que después escandalizó á todo el mundo.

El levantamiento del exilio de Narvaez nos pareció justo, no solo porque habia sido un gran patriota, sino porque habia sido un gran patriota, sino porque todos saben lo que debia Sartorius al duque de Valencia, y la gratitud es uno de los deberes mas sagrados que nosotros aplaudiremos siempre hasta en nuestros adversarios políticos.

## CAPITULO IX.

### ¡QUÉ MINISTROS!

Pero lo que mas parecia haberse de nuevo en la legalidad, fué el decreto que el 31 de octubre espidió el ministro del ramo, declarando nulasy de ningun valor todas las concesiones otorgadas anteriormente desde la obtenida por la diputacion de Bilbao. Entró á reemplazar al gabinete Lersundi el que presidió el travieso Luis Sartorius, el nunca bien ponderado primer conde de San Luis, y se propuso fascinar á todos anunciando grandes mejoras administrativas, como por ejemplo el desestanco de la sal y del tabaco, la supresion de pasaportes, etc.; pero si hemos de creer al autor de la Historia de la revolucion de julio, antes de caer Lersundi «la pandilla de Sartorius estaba cerca, con las garras afiladas, con las fauces abiertas, famélica, dispuesta á caer con toda su voracidad sobre las instituciones y sobre el Tesoro nacional.»

El *poder oculto* habia gastado ya todos los hombres de la reaccion, y habia llegado ya á las heces mas inmundas.

El célebre Jaime *el Barbudo* no presidirá el ministerio que sucede al de Lersundi, porque Jaime *el Barbudo* ya no existe; pero lo presidirá don Luis José Sartorius, primer conde de San Luis.